



www.loqueleo.com/bo

© 2025, Carolina Maldonado Leyes, Israel Pérez,
César Herrera, Rolando Albornoz

© De esta edición:

2025, Santillana de Ediciones S.A.

3.^{er} anillo interno, Av. Pedro Rivera N° 3095

entre Av. Alemana y Av. Beni

Santa Cruz de la Sierra

Telf. (3) 3397998

ISBN: 978-99974-21-90-6

Depósito legal: 8-1-1857-2025

Printed in Bolivia - Impreso en Bolivia

Primera edición: mayo de 2025

Edición: Montserrat Esteban Alaix

Diagramación: Nubia Álvarez

Ilustración de cubierta: Adriana Arce

Impreso en SPC Impresores

Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o
cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Leyendas bolivianas

El secreto de Julia, el carbunco • Aventura final: el Jichi • El sombrero del duende • El pequeño paye y su silla voladora

RELATOS INSPIRADOS EN LEYENDAS TRADICIONALES

loqueleg

Prólogo

Cuando los abuelos de los abuelos, de nuestros abue- 7
los, se preguntaron por el origen de los elementos
que nos rodean, recurrieron a la magia de la imagi-
nación para dar respuesta. No resulta descabellado
pensar que las personas más sabias de las aldeas re-
lataran historias fantásticas al resto de pobladores,
sobre todo a los niños, a la luz de la fogata. O tal vez
los padres, que llevaban a sus hijos al bosque a reco-
lectar frutas, aprovecharan la ocasión para contarles
con lujo de detalles cómo tal árbol o tal pájaro había
aparecido en el mundo. A medida que los hombres
exploraban el mundo, sumaban relatos, pues ha-
bía más y más cosas por entender. Con el tiempo,
a través de estas historias, fue posible explicar los

fenómenos de la naturaleza, los ruidos extraños que cruzaban la noche o el comportamiento de las personas.

Cada pueblo, a través de las leyendas, explica sus creencias, su cultura y sus inquietudes, de ahí la importancia de difundirlas y preservarlas. En respuesta a esta necesidad, y como parte del compromiso con la lectura, la educación, la cultura y la producción literaria, la editorial Santillana lanzó el *I Premio de Narrativa Soy Loqueleo 2024*. Las obras que se presentan a continuación son las ganadoras en la categoría infantil.

Con un lenguaje sencillo y ágil, *El secreto de Julia* relata la lucha por la supervivencia de las personas que dependen de la selva y la presencia de un misterioso personaje: el carbunco. A su vez, *Aventura final: El Jichi*, es una conmovedora narración que expresa el valor de la unidad y la empatía. La historia está contada desde diferentes perspectivas, lo que otorga a la narración un

gran dinamismo y mucho suspenso. En cambio, *El sombrero del duende* nos presenta a dos hermanos con carácter opuesto que encuentran en la unión el modo de superar las dificultades. Es un relato lleno de tensión, misterio y acción. Finalmente, *El pequeño paye y su silla voladora* es una mágica aventura que, con un lenguaje inocente y cautivante, nos presenta a diferentes personajes de las leyendas de los pueblos del Oriente boliviano.

Esperamos que cada una de las palabras de estas narraciones de leyendas llegue hasta el último rincón de sus corazones.

Prof. Eduardo Montaña
Jurado I Premio Narrativa Soy Loqueleo 2024

El secreto de Julia

CAROLINA MALDONADO LEYES

Después de un día de arduo trabajo, los 11
padres de Julia volvieron a casa. Estaban
exhaustos, empolvados desde los pies hasta
la cabeza, pues habían estado preparando el
campo para la siembra.

—La tierra estaba muy dura —dijo el pa-
dre al recibir el vaso de agua que le alcanzó
su hija.

—Tendremos que sembrar mañana tem-
prano —acotó la mamá—, ya no nos dio
tiempo hoy.

—Julia —se dirigió el padre a la niña—,
mañana vendrás con nosotros.

Julia tenía diez años, por lo que no le sorprendió que sus padres le pidieran ayuda en el campo; es más, ella estaba feliz de hacerlo. Ese último año la situación se había complicado para su familia. Debido a la sequía y a los muchos incendios en la región, habían perdido la mayor parte de la cosecha. Y, como si no fuera suficiente, el abuelo se había enfermado, por lo que ya no podía ayudar en el arado, y la madre de Julia había tomado su lugar.

—Nos levantaremos muy temprano mañana —dijo el padre y se retiró de la mesa—. Me voy a dormir, ya no tengo hambre.

Julia vio a su papá retirarse sin terminar el plato. Sabía por qué lo hacía, no era por falta de apetito, claro que no. Había notado la mirada de su hijo pequeño clavada en la comida. El niño había quedado con hambre; su padre dejó de comer para cederle lo que quedaba.

Al día siguiente, todos estaban listos antes del amanecer.

—¡Yo voy por las semillas! —Se adelantó Julia al ver a su padre a punto de salir.

La niña salió corriendo y fue al cuartito de madera que estaba atrás de la casa. Allí guardaban las semillas para la siembra; como también, en los buenos tiempos, almacenaban, sobre unas plataformas de madera, los saquillos de maíz que cosechaban.

13

Esta vez, sin embargo, el cuarto estaba vacío; sobre las maderas solamente quedaban los sacos raídos. Julia echó una mirada a todo el lugar, como si buscara algo.

—¡Julia, apúrate! —Era su padre.

La niña corrió hacia un estante y tomó de allí un pequeño saquillo con lo último de maíz que les quedaba. Metió la mano, sacó un puñado, lo dejó en la repisa más baja del mueble, y salió de la habitación.

—¿Qué tanto hacías allí? —le preguntó su madre.

—Nada... buscaba las semillas —respondió.

—Ni que hiciera falta buscar tanto... —añadió su papá.

14 Julia notó el sarcasmo y el desánimo de su padre. Hacía tanto que la decepción había ensombrecido su rostro. No mostraba emoción alguna, ni enojo ni tristeza, mucho menos alegría.

—¡Ánimo, papá! —Julia rodeó la cintura de su padre con un brazo—. Este año será distinto. Aunque es poco —dijo alzando el saquillo—, será suficiente para comenzar de nuevo.

La madre sonrió al escuchar aquellas palabras. Su niña era la persona más dulce que conocía, siempre tan positiva, siempre con ganas de ayudar.

Un año atrás, una fuerte humareda los había levantado de la cama. El fuego había alcanzado el bosque cercano a su hogar. Los comunarios ya llevaban semanas tratando de controlar los incendios en los alrededores; los bomberos de la ciudad y un grupo de voluntarios se habían sumado a su esfuerzo hacía un par de días. Sin embargo, el intenso calor y la vegetación, prácticamente seca, favorecieron la rápida propagación de las llamas.

15

—Llévate a los niños y a mi padre al pueblo —ordenó el padre de Julia.

—¿A dónde irás tú? —contestó angustiada su esposa.

—Iré a ayudar.

Ese día fue uno de los más difíciles para todas las familias de la comunidad. En el